



La matraca de Alanís

Por: Antonio Pérez

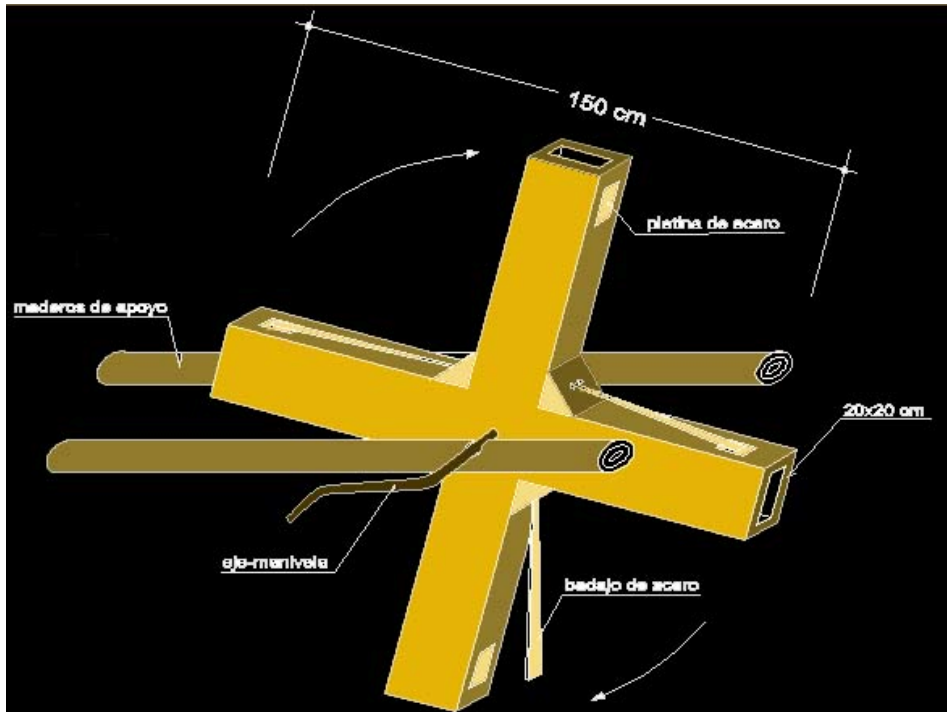
Una de las acepciones de MATRACA en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española es: ***rueda de tablas fijas en forma de aspa, entre las que cuelgan mazos que al girar ella producen ruido grande y desapacible. Se usa en algunos conventos para convocar a maitines, y en Semana Santa en lugar de campanas.***

Según me cuentan los menos jóvenes del lugar, en Alanís hubo una matraca primitiva que terminó sus días por los años 30-40 del siglo anterior. Después le siguió una pequeña matraca de mano que los monaguillos iban tocando por las calles en época de Semana Santa. Pero a la que va dedicado este artículo es a la que yo oía por santas fechas cuando llevaba pantalón corto y posiblemente un real de pipas en el bolsillo.

Nuestra MATRACA vivió sus años de esplendor entre 1947 y 1970 aproximadamente, pues preguntadas varias personas sobre la fecha de finalización de su existencia, nadie la sabe exactamente. Sí sabemos por fuentes diversas, que la idea de construirla se gestó en el *Bar El Guerra*, antiguamente sito en lo que hoy es Plaza del Ayuntamiento nº12, donde Bernardino García Sancho junto con Magdalena Espínola propietaria del bar, le dijeron a José González Villafuerte, buen carpintero de aquella época y más conocido por *Pepe Quintana*, que si él ponía el trabajo, ellos ponían la madera y materiales para hacer una matraca, y éste sin dudarlo aceptó la proposición. Al poco tiempo LA MATRACA estaba lista para extender su sonido crotorante por los cielos de Alanís.

Con los modos propios de la Iglesia de la época, fue bendecida en la plaza de la iglesia, con oración y el agua correspondiente por el cura José Santiago o Manuel Rueda Cantarero y apadrinada por los niños Bernardino García y Josefa Guerra, hijos de los promotores, y entre dos sillas del bar sacadas al caso, fue colocada nuestra MATRACA y hecha sonar por los citados pequeños, terminando el acto con los aplausos de rigor de los asistentes y quedando así lista para ser subida a la torre.

Era este artilugio de característica portátil, pues con las dimensiones de la figura 1 y su madera ligera para que el transporte fuera fácil, según cuenta Juan Antonio González hijo del carpintero, se colocaba entre dos maderos sitos en el



campanario de nuestra torre, y girando el manubrio el brazo de la cruz que alcanzaba la posición vertical inferior chocaba con el badajo o mazo correspondiente produciendo el sonido y arrastrándolo hacia la parte superior donde al alcanzar la vertical, éste caía sobre el dorso del brazo siguiente que ya estaría en posición horizontal pasada, produciendo también sonido. Para evitar el deterioro de la madera y amplificar el sonido, los brazos tenían en ambas caras unas pletinas de acero donde chocaban los mazos.

Permanecía todo el año guardada en un local anejo al reloj de nuestro edificio dominante y se sacaba para Semana Santa, sustituyendo al sonido de las campanas desde el Jueves Santo hasta el Domingo de Resurrección. Las llamadas a oficios y procesiones eran tocadas por nuestra MATRACA, que como niña mimada y sintiéndose sin competencia alguna, emitía su croreo con ritmos diversos, según el capricho y experiencia del monaguillo de turno que la hacía sonar.

Pero el tiempo dicta su ley y todo lo que nace tarde o temprano debe perecer. Así nuestra MATRACA tras veinte o veinticinco años de existencia, quedó inservible para su cometido. Posiblemente sus restos fueran a parar a una candela o hayan servido de alimento a la carcoma, pero su recuerdo todavía perdura entre los que tuvimos la suerte de escucharla.

Alanís, verano del año 2000